

- 47 -

Grandeza embriagadora de matar a dios

Laura Alejandra Cruz Hernández*

*Laura Alejandra Cruz (Guadalajara, Jalisco; 1984), estudiante del noveno semestre de la Licenciatura en Historia en la Universidad de Guadalajara, y colaboradora permanente de esta revista.
cruznitche@yahoo.com.mx

Sus zapatos gastados golpeaban fuertemente el suelo. La agitación no cesaba, habían pasado ya varias jornadas desde la toma de la Bastille y los cuerpos cansados de hambre y miseria y suciedad se ocupaban, cruentos, de prodigar y de resistir la fuerza que el ejército real también entregaba para someterlos. Corría ella pues entre esa gente cansada y su falda larga, amplia, sucia de lodo, le impedía sentirse libre; odiaba tener que cuidar el movimiento de su falda para ser más ligera, y lograr con ello su supervivencia.

No había ya más nada que perder, ni tampoco más para buscar y trascender sino lo que tenía ante sus ojos y alrededor de su cuerpo: la fuerza de la gente nimia y vil como siempre le había parecido. Odiaba sentirse obligada por una sensación fortísima a luchar por esas caras deformes de guerra y violencia, y no lo hacía, es cierto, no lo hacía por ellos. Se trataba sólo de esa sensación implacable, poderosa, de no temerle ya a nada, y es que en sí nada tenía antes, ni por qué amar ni por qué morir. Y odiaba esa sensación pero era lo más grande que tenía y al fin se dejaba embriagar por ella, en largos momentos.

Mientras seguía avanzando por esas calles, seguía sintiendo el maldito movimiento de su falda que chocaba con su espadín sujetado a su cintura estrecha por un cinturón que antes había hecho la suerte de adorno. Los días esos, triviales, los de antes, —entre los que se perdía también— se habían tornado ahora en una realidad volátil que no alcanzaba a descifrar salvo como destellos intermitentes de cordura que le permitían por un momento, vislumbrar aquella grandeza embriagadora de matar a dios.

Y fue así, en uno de esos momentos intermitentes de cordura que sus ojos de un azul indefinido toparon con otros muy inquietos. Aquellos ojos estaban buscando precisamente a dios. ¡Ah... pero qué búsqueda tan patética! Ese dios, ese dios, ¿Qué era ahora para él ese dios?

El cuerpo de ese hombrecillo de ojos cobardes pasó dolorosamente tembloroso por su lado y ella embriagada lo siguió. Dos, tres calles entre los edificios viejos y ahora manchados de guerra; el pobre hombrecillo estaba tan mal por el miedo que apenas podía correr. Huía de una turba que ya no se veía cerca, portaba ahora estúpidamente el traje que usaba para su misa principal de los domingos.

Con sus ojos azules indefinidos, la mujer lo miró de frente, cuando el hombre frenó su paso al caer en cuenta de que no sabía hacia donde huía (porque no había lugar a dónde huir); el hombre estaba rendido (no había encontrado nada de dios), ella no le dijo nada; su mano derecha subió a su cintura estrecha, tomó su espadín y recto entró en el vientre del hombre.

Ella mató a dios, mató otra vez a dios y mientras la sangre del vientre del hombre escurría espesamente, sólo por ese momento, ella se sentía libre.